Guillem Martí

¡Quemad Barcelona!

DESTINO

¡Quemad Barcelona!

Guillem Martí
Con la colaboración de Jordi Solé

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1320

Título original: *Cremeu Barcelona!*

© Guillem Martí, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2015
© de la traducción del catalán, Jordi Solé.

ISBN: 978-84-233-4911-1
Depósito legal: B. 2.675-2015
Impreso por Romanyà Valls, S.A.
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Ciudad de México, septiembre de 1946

El sol pega de lo lindo en el D.F. No es que a él eso lo haya cogido por sorpresa. Hace un par de años, cuando llegó a México, lo hizo con la cabeza llena de imágenes flamígeras. De hombres echándose sofocantes siestas cobijados bajo enormes sombreros de colorines; de pueblecitos polvorientos y requemados por un viento asfixiante y de desiertos de piedras afiladas y cactus a punto de arder en llamas. Luego resultó que en la capital charra, el tiempo era más templado de lo que parecía en las películas. Pero este verano del 46 ha salido especialmente riguroso. Nota el sudor formándose en la frontera entre el pelo y la piel y goteando lentamente por la nuca, hasta empaparle el cuello de la camisa blanca, recién planchada.

Pero no es el sol el que lo hace sudar como un pecador en un confesionario. Es la angustia.

Ignorando el calor, camina a buen paso hasta llegar a una avenida el triple de ancha que su añorado paseo de Pi i Margall y se detiene, incómodo. Nunca conseguirá acostumbrarse a aquellas vías tan extensas. Ríos formados por corrientes de coches embravecidos, donde a los peatones no les queda otra que encomendarse a aquellas lucecitas rojas y verdes que regulan el flujo del tráfico inhumano. A pesar de su recelo, cuando el semáforo madura, el chorro de automóviles se detiene igual que lo

haría un niño a indicación de un maestro severo, cediéndole el paso con mansedumbre.

Cruza sin dilación. Por nada del mundo quiere saber cómo sería encontrarse en mitad de la calzada cuando la luz cambie de color. Las ciudades deberían ser lugares para vivir, reflexiona una vez más. Y en la capital de México, él, de momento, sólo está consiguiendo sobrevivir.

Y gracias.

Aunque no debería quejarse. Tal y como le ha ido en la vida, sobrevivir ya es mucho.

Llega al otro lado de una pieza, mientras siente la riada de metal y caucho retomando la marcha a su espalda. No le ha sobrado tiempo. Ignora los coches que pasan por su lado y sigue, resuelto, por la acera. Pronto vislumbra la gran explanada salpicada de marquesinas, cada una identificada con un número, que se abre escasamente a un centenar de metros a su izquierda. Atracados en muchos de aquellos muelles distingue coches de línea de colores y compañías diferentes, de los que suben y bajan pasajeros en tránsito. Y, más allá, los surtidores de carburante alineados bajo un porche de cemento pintado de amarillo, frente a la terminal. Éste es un edificio enorme, con tejado a dos aguas, de paredes encaladas y con la palabra MEXOLUB rotulada en elegantes caracteres de color rojo que recuerdan a los conductores cuál es el mejor lubrificante para el motor de su vehículo.

Decide atajar y se aventura en aquel espacio inmenso, sin parangón en su Barcelona, para encaminarse hacia el edificio principal. El sol no le da tregua y nota la tela de la camisa pegándosele a la espalda. Se angustia. ¿Qué pinta tendrá, empapado en sudor? No recuerda ningún otro día en toda su vida que haya querido tener mejor aspecto que hoy. Y, en cambio, apostaría lo que fuese a que parece un gitano saliendo de un gallinero.

Atraviesa la explanada en diagonal, esquivando vehículos y viajeros, hasta alcanzar la sombra clemente de

la estación. Agradecido, se detiene a echar un vistazo al reloj de pulsera barato que lleva en la muñeca izquierda: faltan siete minutos para la una.

Llega temprano.

Mucho.

Mejor: así tendrá tiempo de refrescarse en los servicios y ponerse un poco presentable. Pero, en primer lugar tiene la precaución de acercarse al mostrador de información y asegurarse de que todo va a su hora. Por nada del mundo querría arriesgarse a no estar allí para recibirlas cuando llegue el autobús. Mejor puntual, aunque sea hecho un cromo, que tarde, como un pincel.

No después de tantos años anhelando aquel momento. De tantas noches mortificado por la duda. De tantos momentos de desesperación y de melancolía. Es verdad que no llegó a rendirse y que en su interior siempre esperó recuperarla. Pero mentiría si dijese que no ha habido muchas veces en que ha pensado que todo era inútil. Que ella había muerto, como aseguraban. Y que, aunque siguiera viva, no conseguirían reencontrarse nunca.

Sea como sea, estará allí cuando bajen del autobús. Esperándolas. Igual que las ha aguardado todos aquellos años horribles. Para que ella sepa, sin ninguna sombra de duda, cuánto la ha echado de menos y qué infierno ha sido tener que vivir lejos de su cariño.

Se acerca a la ventanilla, bañado en sudor. Al otro lado, la recepcionista —unos veinticinco años, con uniforme azul, labios rojos a juego con el pañuelo que lleva alrededor del cuello, y una catarata de cabellos negros que se desparraman, turbulentos, sobre los hombros— le dedica la sonrisa de cortesía que la compañía reserva a todos sus usuarios. Tengan la pinta que tengan.

—¿En qué puedo ayudarle, caballero? —le pregunta con aquel tono meloso que usan las señoritas mexicanas.

Él se aturulla cuando le pregunta por el *coche* que viene desde El Paso. Jamás ha sabido lidiar con sus emociones.

El tono de ella varía sutilmente. Ahora, su interés es algo menos profesional. Como si el tiempo que lleva detrás de aquel mostrador le hubiese permitido intuir lo que significa para él ese autobús.

—Llega usted un poco pronto, señor —le dice, como si él no lo supiera—. Ahorita faltan aún más de tres horas para que llegue el *pesero* que viene de El Paso. Pero al menos no hay noticia de contratiempo alguno. —Aquellos labios sanguíneos se arrugan en una expresión de impotencia—. Ojalá pudiera hacer algo más por usted...

Él le devuelve la sonrisa.

—No se apure, de verdad. Ha sido usted muy amable.

—Puede esperar en el restorán —se esfuerza en serle útil. Y añade en tono de confidencia—: La enchilada les sale padre.

No se esfuerza en contarle que, de haber sido capaz de tragar algo, se habría quedado comiendo en su minúsculo apartamento de la calle Guerrero. Al fin y al cabo, los mexicanos no son siempre tan amables con quienes gastan acento español como lo está siendo aquella preciosidad. Que mucha Madre Patria por aquí y mucha revolución por allá, pero él está hasta las narices de detectar su desdén en cuanto lo oyen soltar la primera frase. De manera que le promete a la joven que probará esa enchilada tan padre, y se aleja dando cabezadas de agradecimiento, seguido por la mirada solidaria de ella.

De camino al restaurante, tuerce a mano derecha y empuja la puerta del servicio de hombres. Para ser los de un lugar de paso como es aquél, están sorprendentemente limpios. Se acerca hasta una de las pilas de mármol blanco, abre el grifo y pone las manos en cuenco para recibir el chorro de agua fresca. Se lava la cara, el cuello

y la nuca, sin importarle mojarse el pelo. La frialdad del líquido lo tonifica. Pero la sensación apenas dura el tiempo que tarda en levantar los ojos y contemplar la imagen que le devuelve el espejo descantado que tiene delante: la de un hombre mucho mayor de los cuarenta y cuatro años que tiene, amargado, vencido y exhausto. Conoce bien a ese tipo: se lo encuentra cada día cuando se lava los dientes. Pero nunca le ha asustado tanto darse cuenta de que es él. Que es en aquello en que lo han convertido la derrota, el desengaño y el exilio.

¿Cómo reaccionará ella cuando lo vea convertido en semejante guiñapo? ¿Todavía pensará que es guapo como un actor de cine? Sabe perfectamente cuánto había llegado a quererlo. Pero también sabe que se enamoró del hombre que fue. Y lo asusta que ahora la decepcione tanto esta sombra en la que se ha convertido, que ya no sea capaz de amarlo más. La idea lo aterroriza. No soportaría leer la decepción en sus ojos. Tener que admitir que, después de todo, la ha perdido. Que sobrevivir no ha sido suficiente. Que hay lugares a los cuales no se puede volver jamás, por mucho que se desee o se necesite volver.

Menea la cabeza de un lado a otro para alejar los miedos. No pienses en eso, ¿me oyes? ¡Ni lo pienses!

Se enjuga la cara con el pañuelo, lo dobla cuidadosamente y se lo vuelve a guardar en los pantalones, bastante bien planchados para haberlo hecho él mismo. Después, vuelve a salir a la terminal y, ahora sí, se acerca al restaurante. La señorita del mostrador tenía razón: falta tanto para que llegue el coche que tendrá que pasarse un buen rato sentado en una de sus mesas. Aunque sólo sea para que los agentes de uniforme que patrullan, fanfarrones, por el edificio no terminen cansándose de verlo por allí, sin hacer nada, y lo tomen por lo que no es.

El restaurante de la terminal resulta ser demasiado modesto para poder aspirar a ese nombre. Siendo gene-

rosos, es una cantina de aspecto austero, paredes apolilladas, mesitas redondas de mármol y hierro forjado y sillas que vacilan cuando les confías tu peso. Antes de hacerlo, se detiene en un rincón para echar un vistazo a la cartera, disimuladamente. Lo sabía: no lleva ni veinte pesos. Y no sabe cómo llegarán ellas, después de un viaje tan largo. Tiene que quedarle lo suficiente como para poder pagar una buena cena, más lo que sea que puedan necesitar. Rebusca en los bolsillos y descubre que le quedan suficientes monedas como para permitirse un refresco. Bueno. En realidad, tampoco podría tragar otra cosa. Mira por dónde, el nudo que le atenaza la garganta desde primera hora acabará jugando a su favor. Cuando se le acerca el camarero —uno de esos mexicanos de cara redonda y trabajada, pelo de carbón, bigotazo frondoso y rasgos que delatan antepasados indígenas— para preguntarle ¿qué desea el señor? contesta, sin dudarlo, que una Coca-Cola fría.

¿Y nada más?

Nada, gracias.

Y entonces la ve. La mirada despectiva de: «Pues claro que nada, güey, si es nomás un gachupín muerto de hambre». Pero pasa tan fugaz y el hombre se da la vuelta tan deprisa para regresar a la barra que ya sólo le queda morderse la lengua y desear, en silencio, que esa enchilada que no ha pedido se la meta por el culo. Eso sí, cuando, un par de minutos después, regresa con una bandeja y la inconfundible botella de cuello fino, abombada en el centro y marcas acanaladas en los lados, recordando la voluptuosidad de Mae West, él simula que se está abrochando un zapato para no tener ni que mirarle a la cara. El tipo se toma su tiempo para abrirla, y cuando, por fin, se resigna a que no hay nada que hacer, se va dejando suspendido en el aire un ostentoso resoplido de enojo. ¿Y qué esperabas, cabrón? ¿La propina? ¡Anda y que te zurzan!

Una vez solo, se lleva la botella a los labios y echa un

trago largo, de los que vacían de golpe la mitad del contenido. ¡Aaaaah! Le fastidia tener que reconocérselo a los americanos, pero aquel jarabe suyo lo vuelve loco. Desde que lo descubrió, lo bebería a todas horas, mal que le pese.

Contempla la botella con resignación y echa otro trago, éste más moderado. Sí, después de Normandía y de haber puesto de rodillas a Japón, los gringos están de moda. Todo el mundo los mira con envidia. Todos quieren ser como son ellos y, sobre todo, tener lo que tienen ellos. Nadie parece recordar cómo los güeros norteños se pasan por el forro los derechos de los trabajadores. Ni cómo sus gobernantes, tan democráticos ellos, tratan a los partidos políticos que no les gustan. Ni... Se detiene a media reflexión para echar otro traguito. Sí, los americanos serán unos capitalistas de la peor calaña, de eso no hay duda. Pero saben hacer refrescos, los puñeteros. Y películas también, puestos a ser honestos. No quiere ni pensar qué habría sido de él los últimos años sin el consuelo del cine.

Y, no menos importante, les devolvieron a los alemanes, multiplicadas por cien, todas las bombas con las que los fascistas los habían torturado durante casi tres años. Así que... ¡A vuestra salud, jodidos explotadores del proletariado!

Porque, después de todo, qué ha conseguido tratando de defender al proletariado, ¿eh? El recuento es desolador: el cuerpo lleno de cicatrices, el alma desgarrada a tijeretazos de derrota y desengaño y años de exilio, sufrimiento y soledad, apartado de lo único que de verdad le importa: ella.

Cierra los ojos y enseguida le viene a la mente la mirada que le devolvía el hombre del espejo. Una mirada triste, herida. El atisbo huidizo de un perdedor. De un hombre sin amigos. Que sobrevive a base de trabajitos precarios y mal pagados. Que se levanta cada mañana en

un cuartito ascético e impersonal. Lejos de todo lo que fue y de aquello por lo que sostuvo tantas veces que merecía la pena luchar. ¿De verdad se cree que ella podrá continuar amando a un hombre así? Lo asalta una sensación de pánico tan avasalladora que tiene que apelar a toda su fuerza de voluntad para no echar las cuatro monedas sobre la mesa, salir zumbando de la terminal y perderse, ahora sí que para siempre, en aquella urbe monstruosa.

Pero se queda allí, sentado, sin mover ni un músculo. Consiguiendo de alguna manera milagrosa acompasar la respiración e impedir que aflore el conflicto que lo destroza por dentro.

Puede que hoy nadie se acuerde de quién fue, se dice mientras se obliga a serenarse. Y que lo eludan quienes deberían echarle una mano. Y que nunca nadie sepa el papel que desempeñó aquel enero en Barcelona, ni el precio que pagó entonces y aún continúa pagando hoy por ello.

Pero ella sí lo sabe. Y que valió la pena hacerlo, a pesar de todo.

Y, si la conoce como él cree, sabe también que, si volviera a encontrarse en esa misma situación, como es un idiota del quince, volvería a hacer lo mismo.

Eso todavía debería significar algo para ella.

Respira hondo, vacía la botella de Coca-Cola de un último trago y la deja sobre el mármol. Levanta los ojos para mirar el reloj de pared que cuelga, solitario, en la pared opuesta: las manecillas se han arrastrado por la esfera hasta marcar la una y cinco.

¿Cuán largas se le harán tres horas después de haber esperado seis años?, se pregunta.